

Breve Antología de Mariano Latorre (*)

EL ASPADO



ESPUES de una carrera loca, chapoteando en los charcos y clavándose púas de cardos y garras de zarzas, el saltador se detiene en un rincón fangoso de la selva. Los latidos de su corazón golpean como puñetazos en las sienas. Hilos de sangre, mezclados con sudor, resbalan pesadamente por su cara. Su oído recoge, sin embargo, cuanto ruido insólito llega hasta el pabellón de su oreja de hombre primitivo. Su jadear anheloso se paraliza de pronto: hasta él ha llegado, claro y distinto, sonajeo de sables y resoplar de caballos, detenidos bruscamente. El camino está cerca, piensa, a pesar de que marchó siempre hacia el centro mismo del bosque.

Agachado, atraviesa el fango líquido de un manantial que brota entre viejas raíces. En el boquerón de un centenario tronco de pagua se acurruca y espera, como el zorro que acaba de despistar a la jauría, cuyo latir llega hasta su escondrijo, debilitado por la distancia.

(*) De la abundante producción de Mariano Latorre es difícil hacer una selección en que estén representados los variados aspectos de su temática y estilo. A fin de destacar algunos de ellos, insertamos el cuento "El aspado" y "Carne de Castilla", inédito, y que había enviado a "Atenea" poco antes de su fallecimiento; publicamos además los poemas en prosa "Mar de los chilenos" y "El aguilucho".—N. de la D.

Durante un cuarto de hora nada advierte. El bosque deja oír, un segundo, el murmullo de un lento sueño otoñal: golpeteo discreto de hojas, sedoso paso de aguas entre raíces fangosas, píos de pájaros ocultos. Una descarga que resuena y se multiplica con estruendo a través de las umbrías turba violentamente la sordina de la selva aletargada. Los pájaros huyen tropezando en las tíasas hojas de otoño y apenas el eco del último disparo se ha perdido, se oyen nuevos tiros aislados. El bandido ahoga esta vez un rugido de dolor. Una bala loca ha penetrado en su pulmón, a la altura del hombro. Su brazo izquierdo cuelga inerte, como si fuera postizo, parado el resorte que lo anima.

Se cree descubierto y agazapándose corre de nuevo hacia el corazón de la selva. Las zarzas le desgarran esta vez un halda del poncho. Al anochecer, casi agotada su energía, sufre un síncope. Se arrastra hacia un manantial y bebe en las manos, cuyos enormes dedos al juntarse por la costumbre, parecen tener un hueco en la palma como una calabaza.

Se sienta en un tronco caído. Sus ojos están clavados con obstinación más allá del follaje, hacia el camino. Los soldados no han seguido la persecución, creyéndolo a salvo. ¿Qué será de su caballo mulato? Lo ve correr por un potrero, abierta la cola como un abanico, azotándose los flancos con las enormes y labradas estribas chilenas. Sobre su hombro los punzonazos de la herida son terribles, pero su vitalidad es tan poderosa que reacciona contra todo desfallecimiento.

La sombra empieza a brotar de entre los matorrales, aclarándose en la cima de los árboles. Molestos zancudos de los charcos se pegan voraces a su cara, húmeda de sudor y de sangre. Con brusco arrebató se lleva la mano al pecho y su hosco gesto se suaviza. Ahí está el viejo escapulario atado al cuello. Con él no teme al peligro. La imagen borrada de la Virgen del Carmen lo ha defendido siempre de la muerte y de la cárcel. Cree ciegamente que su poder divino lo guía, lo protege

Ya enteramente de noche desanda el camino y entra a la carretera. El rancho de la Cabra, la vieja encubridora que tiene un boliche

en las cercanías del pueblo y donde vive su moza, la Coto, no está muy lejos. Localiza muy bien el ruido del estero, a cinco leguas del mesón. La vieja, famosa *meica*, lo curará pronto. No piensa en que será perseguido. Largos años de impunidad han alejado esa idea de su cerebro espeso de mestizo. Por lo demás, la Virgen lo protege desde que vino al mundo.

Durante media legua marchó sin novedad. A veces ladraba un perro. Otra vez cantó un gallo; luego oyó voces en el camino y penetró a un potrero inundado, pero el flac flac de su botas arrieras en el fango despertó a los queltehues que partieron la noche con su corneta denunciadora.

Empezaba a sentir un gran cansancio. Rápidos escalofríos recorrían su macizo organismo. La herida palpitaba en el hombro como un corazón sobrecogido. Una débil lucecita que parpadeaba al borde de unas zarzas lo hizo retroceder asustado. Reconoció el calvario del arriero donde las velitas de sebo, ex votos de una simplísima fe, se consumían devoradas por el viento. Era la lejana historia de un arriero, muerto en el camino, heredada de padres a hijos, sin que la devoción tradicional decayese un instante.

El bandido se arrodilló frente a la pobre crucecita desaspada, y golpeándose el pecho con místico impulso, gimió:

—Señorcito, perdón. Te prometo una vela pa siempre, pa siempre.

La bala de plomo que el azar dirigió hasta su escondite era un aviso del cielo, ¿cómo pudo llegar hasta la patagua, escondida en la selva, sin que el cívico supiese adónde apuntaba?

Avanzó por la orilla del camino. Un ladrido de quiltro resonó en la noche. Reconoció esos ladridos. El rancho era una masa sólida de sombra que parecía disolverse poco a poco en el océano de la noche otoñal.

Los perros de los otros ranchos, en la abierta llanura, se daban la voz de alerta. En la sombra bloqueaba la cruz de la puerta que él tan bien conocía. Imitó el *terr terr* de alarma del tréguil, señal de arribo que esta vez no tuvo la vibración salvaje de tiempos mejores. Corrióse la tranca y se entreabrió la puerta: una vela de sebo, cuya

llama anaranjada viboreó al contacto del aire, dejó ver los rasgos morenos de una vieja de revuelta pelambre y de ojos saltones, llenos de vivacidad.

El bandido se deslizó por la abertura. Dentro, se consumían los últimos tizones de una fogata. El denso ambiente estaba saturado con el característico olor de las velas de sebo.

—¡El Picoteado!

Una voz de mujer pronunció el nombre con miedosa sorpresa, irguiéndose en una cuja de historiado respaldar con su palma bendita a la cabecera.

La vieja la amonestó vivamente:

—¿Se t'olvidó tan luego el nombre, no? L'adivinanza nu'es muy rúa. ¿N'oyiste el tréguil?

Pero el bandido permanecía mudo, jadeando dificultosamente. Se apoyó, extenuado, en la armazón del negocio, donde temblaron botellas y tarros. Una cuelga de velas de sebo cayó al suelo.

La luz amarilla de la vela iluminó una cara cobriza, de pómulos angulosos, agujereada por enormes hoyos de viruelas, donde unos ojos de córnea azulosa miraban agresivamente, a pesar de la fatiga. La barba negra, espolvoreada de tierra, bajaba hasta el cuello de bronce y subía a los pómulos. Su faja desatada aparecía como un chorro de sangre desteñida por debajo del poncho bayo y flechado, en la base de las botas embarradas.

La *Coto* se puso apresuradamente la pollera y se acercó a sostenerlo. Prodigiosas de negrura y exuberancia eran las dos trenzas que rayaban su camisa de tocuyo.

—¿Qué tiene, On Juan? —y luego, asustada, al ver los cuajarones negros que manchaban el poncho—: ¿Qué nu'está herío?

La vieja ordenó ásperamente:

—Echa leña y pone matico en el tacho.

Ayudó al fugitivo a desvestirse. Algo se desprendió del cuerpo del bandido, en ese instante, y rodó por el suelo desnudo del cuarto.

A la luz de los leños, la Coto vió con espanto el corvo del bandido, gigantesca uña de león que brillaba con el mismo fulgor de acero que tenían los ojos del Picoteado.

II

Pasaron los días y la mejoría no vino. Su vigor se escapaba por aquella úlcera que, poco a poco, cegaba las fuentes de la vida en su organismo de bronce. La sangre se helaba en sus venas. La tos atravesaba aquel pecho, escudo donde los vientos se calmaban, jugueteando con los pliegues de su poncho pampino. Los remedios de la Cabra, bebedizos amargos y picantes emplastos de los manojos de yerbas que colgaban en la quincha del rancho, no produjeron efecto. Arrinconado en el cuarto por el temor de ser conocido, la cólera fermentaba en él en un principio, y más adelante, un desaliento ahogado en golpes de tos y vasos del aguardiente del negocio que la Cabra prodigaba en recuerdo de no lejanas generosidades del bandido. Desde su rincón oía con indiferencia las voces de los arrieros e inquilinos que desayunaban con su chupilca de chicha nueva en las mañanas de marzo.

Una vez, sin embargo, su animalidad adormecida se despertó. Su moza, tras el mostrador, reía con su sonora risa plebeya y un hombre la coreaba con recias carcajadas de fumador. El Picoteado se levantó de su rincón para escuchar junto al estante. El hombre hablaba en voz baja y apenas se le oía; pero a través de las tablas adivinaba el macizo cuerpo moreno estremecido por los chascarros salpimentados del huaso y el picante atractivo de sus trenzas de gruesa trama.

Se estremeció al entender una frase, pronunciada con desdeñoso desprecio: *se li'acabó a los pelacaras de los Cerrillos*; y luego el nombre de On Vicho, el subdelegado santiaguino que juró exterminar a los cerrillanos de Teno. Una ola de rabia hinchó su ancho pecho y su antigua fuerza pareció resucitar. Miró por entre los claros de la quincha para espiar el momento en que el huaso que hablaba con su china abandonase el rancho y vió a un campesino rubio que montaba una yegua alazana y paso a paso, por el soleado camino, iba hacia el pueblo.

Por ahí mismo tranqueaba la mula de un arriero costeño, metido hasta las orejas el rojo bonete puntiagudo y sus cargas de sal y de cochayuyo, balanceándose a ambos lados de la cabalgadura. Una carreta llenaba la mañana con el chirrido de sus ejes sin grasa. Sintió profunda envidia por esos hombres que, sanos y libres, podían andar por los caminos y respirar el aire fresco de los potreros regados.

La Coto casi dejó caer los vasos que traía, al ver al bandido en medio del rancho. Su encogimiento y el ronquido hueco de su tos habían desaparecido. Su corpulencia parecía llenar el rancho. En su rostro acribillado de repulsivos agujeros volvían a helar la sangre aquellos ojos de azulado reflejo, acostumbrados a mandar y a ser obedecidos. Como el lejano día, en que, jovencita, la robó del rancho de su padre, un puestero cordillerano, caídos los brazos, sintióse Clotilde sin voluntad e inerte. El bandido la atrajo hacia él con brusco tirón; pero un violento pinchazo del hombro pareció achicar de nuevo aquella maciza figura. Los brazos cayeron como si un resorte se hubiera roto en su interior. Clotilde volvió a ver el puñal caído, ahora indefenso e inútil sin el brazuelo de león.

* * *

Desde ese día, el Picoteado comprendió que las mujeres querían desembarazarse de él a toda costa. No creían ya en su curación. La vieja curandera, con sus ojos saltones y su hablar vivaracho, le dijo un día, en que había hecho la mañana con varios tragos de guindado:

—Eso que tiene, On Juan, es calentura, no más. Es cosa d'iojeo... El Malo andaría metío, digo yo... pa llevar el balazo hasta la pata-gua, pero una penitencia grande lu'ha de salvar... Y si llegara a morir, Dios no lo quiera, ese sudelegao el norte quién sabe qu'hará con nosotras, mujeres solas...

Sus ojos, extenuados, se levantaron con una mansa luz agradecida que la Cabra no advirtió en su ágil andorreo por el cuarto. Era seguramente un aviso del cielo aquella bala desviada por el Malo en medio del bosque. Sí, era necesaria una gran penitencia para salvar su

alma y después sería como aquel bandido, el Pájaro-niño que, en el cementerio aldeano de Culenco, tenía su sepultura alumbrada con las devotas velas de los campesinos, porque era milagroso, salvaba las cosechas y hacía aparecer los animales perdidos. Como él, sólo robó al rico. Nunca hizo daño al pobre.

En la noche empezó su contrición. Llevó una vela al calvario del arriero.

* * *

Dos días después fué a confesarse a la parroquia. Sus botas arrieras se habían trocado en un par de ojotas y su poncho de lana de huanaco, cambiado por un novillo en una reducción de pehuenches, era ahora la pequeña manta de campesino que la Coto había lavado, recortándole los flecos pretenciosos.

El cura, uno de esos sacerdotes campechanos de las aldeas, un huaso envuelto en sotanas, le reconfortó con frases de bonachona camaradería. Por primera vez el optimismo brotaba en su alma endurecida, como espontáneamente sopla la brisa en el lomo de los torrentes. Su penitencia sería tan grande como su vida de pecado. La cruz de peral de la cofradía del Santo Sepulcro que el cura mencionó sería liviana para sus espaldas. Como Dios Nuestro Señor, sufriría los azotes de los judíos y los pasos del calvario. El cura entrególe una carta para el guardián de los franciscanos que apretó en sus dedos con la misma unción que el escapulario de su niñez.

Al volver al rancho, casi de noche, oyó tras él la algarabía chillona de una lengua que reconoció en seguida: eran pehuenches de la montaña que volvían a sus rucas, después de cambiar plumas de avestruz por alcohol, yerba o tabaco. Escondido en un matorral, vió desfilan la cabalgata de chiripás y de chamantos que se encaminaban a la soledad de sus cerros. Aquel grupo de indios, de lacias melenas lustrosas y botas de potro, abiertas en la punta, le recordaron por

última vez su vida libre de los cerros, su caballito mulato que montaría ahora algún soldado de On Vicho, sus aperos, su puñal, tan caro para él como el escapulario de la Virgen, lazo misterioso que lo unía al pasado, tenebroso como una caverna.

III

Aquella noche desprendió de la trenza de velas de sebo, la última, que llevó al calvario. La enfermedad se había adueñado de él para siempre. Tiritaba de frío, aun junto al brasero, mientras por su cabeza, enloquecida por la fiebre, pasaba a retazos su vida anterior. Las trenzas de la Coto ya nada despertaban en él. Vió detenerse muchas veces en el mesón a la yegua del huaso rubio y oyó la risa de la moza sin salir de su modorra de muerte. Un mundo nuevo nacía en él, a medida que la fiebre apagaba el rudo embate de su corazón: lejanos galopes por los senderos de los bosques, arreando piños de animales hacia los portezuelos, amaneceres grises en que, con el puñal entre los dientes, se arrastraba hacia el caserón dormido y agazapado entre los matorrales, sorprendía el galope polvoroso de la diligencia que venía de Santiago, borracheras monstruosas, a la luz de una vela de sebo, en que los puñales, como rayos azules, se cruzaban sobre las cabezas enloquecidas por el alcohol. Otras veces, se ve niño. Recuerda el rancho donde fué recogido. El cajoncito del perro en que se crió hasta que los dos no cupieron y tuvo que abandonárselo al animal. Sólo llevaba al cuello el escapulario de la Virgen, atado con un cordelillo y una camisita sucia que apenas lo cubría.

A menudo habla en voz alta, como si conversase con una persona invisible y la vieja y la moza se santiguan, creyendo en un misterio de aparecidos y de ánimas.

—Ifaría ya. Pa mí que no alcanza a la Semana Santa —observa la vieja mirando a la moza en los ojos.

—Dios no lo quiera —murmuran los labios sensuales de la china, ambas temerosas de comprometerse si el bandido muere en el rancho.

Una mañana, los ladridos del quiltro llamaron la atención del bandido. Se había quedado solo en el rancho. El cuarto se inunda súbitamente de luz. Alguien ha empujado la puerta y la mantiene con su brazo en esa posición. El bandido permanece en su sitio, entre los cueros. El caricaturesco disfraz de un cucurucho, cuyos ojos brillan extrañamente en las aberturas de su alto bonete puntiagudo, se recorta en el rectángulo luminoso. Mueve la alcancía de hojalata, donde sonajean los reales de la limosna e inspecciona el cuarto. Su grito funerario: Para el Santo entierro de Cristo y soledad de la Virgen, estremece el corazón del bandido con pavoroso presentimiento. Continúa en sus oídos, mientras el nazareno escapa coreado por el ladrido de los perros.

El Picoteado aprieta en su mano el escapulario. Una fe violenta de fanático inflama su alma salvaje. Irá al pueblo, al convento de franciscanos donde guardan la cruz de los aspados.

Solitario está el campo. Hace muchos días que los últimos arrieros de la costa volvieron a sus ranchos y los últimos pehuenches a la cordillera. No se oye en la serenidad dorada de la mañana, el crujido de las carretas. La mancha oscura de las basquiñas de las mujeres que dejan sus ranchos, hace fúnebre el oro viejo del otoño y en este silencio, la vida de la naturaleza, borrada antes por el tráfico, eleva su caprichosa sordina.

Entre los árboles arman los tordos un griterío ensordecedor. Están contentos los pájaros, el buche lleno en esta época de semillas jugosas y abundantes. El aire embriaga con su dulzor como si madurase lo mismo que los racimos no cortados de las cepas.

De pronto, quebrado como un cristal, vibra el aire con el tableteo de la carraca. El bandido va hacia la iglesia como un romero. Ya divisa el campanario de San Francisco. Una flotante manga color castaño remueve la *matraca*, cuya estridencia se prolonga destempladamente en el aire, sobre los tejados oscuros.

El Picoteado se detiene frente a la casa del convento, a la derecha de la iglesia. Gira el viejo candado. Se abre la pesada puerta de oscuros cuarterones y asoma un lego cuyo hábito parece sostenerse

sólo por el cordón descuidadamente amarrado a la cintura. Entrega la carta y espera en la portería. Se ve el amplio patio, donde una fila de pilastras parecen dormitar, cansadas de sostener aquella montaña de tejas verdinosas. Bulliciosos jilgueros revolotean en un viejo naranjo podado.

Se estremece de pronto. Siéntese el *clac clac* de unas sandalias en las losas del corredor. Asoma un fraile alto, rollizo, el tipo del chileno de pueblo. Se dirige al bandido en el lenguaje popular:

—¿Tú sos el que quiere hacer di'aspao?

—Sí, su paterniá.

—¿Cómo te llamay?

—Juan Astudillo, su paterniá.

El penitente estruja su bonete, sin levantar los ojos. Su barba indómita negrea sobre el poncho. Tiembla ligeramente.

—Bueno hombre... La procesión sale a las ocho... Hay que llegar hasta la parroquia.

—Dios se lo pague, su paterniá.

Con brusco ademán, el bandido besa el anudado cordón del fraile y sale rápidamente hacia afuera. El lego lo sigue con la vista y se asoma un segundo al cerrar la puerta.

—Para mí, padre, es el Picoteado... el único pelacara que se le fué al subdelegado de Culenco.

—Así parece, hermano Pedro, pero es un arrepentido... Dios lo ha señalado.

Y el *clac clac* de las sandalias se va perdiendo a lo largo de los pilares soñadores que sostienen, durante siglos, la montaña de húmedas tejas del convento.

* * *

Afuera la muchedumbre devota entra y sale por la enorme puerta del templo, al pie de cuyos muros descuidados un grupo de mendigos de largos cabellos limosnea con voz quejumbrosa. Reina en la aldehuela un silencio de muerte. Una modorra triste y desconsoladora que

se pinta en los trajes negros de las beatas y en el gesto cansado con que el mocho derrama la estridencia de la carraca desde la vieja torre colonial.

Duermen las chatas viviendas de negras tejas trizadas, por cuyos portones claveteados suele salir una mujer de manto que, con su alfombra al brazo, va apresurada a la iglesia. El golpazo de la enorme puerta al cerrarse resuena como el lejano estampido de un cañón. Duermen los árboles sin hojas y, en la torre, duerme la vieja campana sujeta a tres gajos de espino.

A veces, un bando de chiquillos harapientos y de quiltros ladrones persigue a un tenebroso enmascarado que, con su alcancía y su crucifijo enarbolado, parece un fantasma surgido al mágico conjuro de una bruja.

El bandido vuelve a su rancho. La tos clava su pecho con sus agujas de hielo; pero una fe profunda ilumina su alma oscura como la zarza milagrosa de la leyenda bíblica.

Sujeta con su mano el escapulario que, hace cuarenta años, colgó a su cuello una pobre *china descarriada y ya muerta quizás*.

* * *

Un hormigueo sordo llenó al anochecer el ambiente de la aldea colonial. Las callejas, más bien caminos, eran remansos de sombra, disipada un punto por la linterna del sereno que se detenía frente a cada puerta y largaba hacia el zaguán su característico mandato, con ronca entonación:

—¡Farol!

Su canturria resonó en el silencio hasta que terminaron las viviendas de los señorones aldeanos.

Poco a poco aparecieron los criados que, subidos sobre sillas de paja, sujetaban gruesas velas de sebo con pelotones de barro en las murallas o colgaban el farolillo de la cocina del llamador de la maciza puerta.

La luz cadavérica de esas velas alumbraba el desfile de mantos y de basquiñas, a cuyas siluetas negras se prendía una cinta de sombra temblorosa que giraba como el aspa de un molino para esconderse bajo el vestido, apenas la figura se hundía en la noche.

A ratos se oía el murmullo de las acequias o el frío silbar de las brisas otoñales. A veces, confundíanse los ruidos en un solo y largo susurro misterioso, vibración de la sombra misma que terminaba en el frío platear de las estrellas, desabrigadas en la inmensa noche. En este mar de húmedas tinieblas, las casas eran grandes barcos dormidos. Sólo las amplias puertas de los templos resplandecían, llameantes de luz.

Gasas negras cubrían los santos de la pasión y las imágenes de los altares, pero compactas filas de cirios alineados en medialuna, llenaban de luz las naves con el temblor de sus lengüecillas agudas como puñales. Un enorme Cristo, descolgado del muro, yacía en el suelo, entre palmas y candelabros. Beatas y cofrades desfilaban junto a los llagados pies de madera, humedeciendo con sus labios ingenuos el clavo simbólico.

En una de las naves se organizaba la procesión de penitentes del Santo Sepulcro. En medio del grupo de encapuchados de la cofradía estaba el bandido. Habíase desprendido del poncho. A través de la abierta camisa mostraba su torso cobrizo, donde la pelambre espesa, casi confundida con la barba, ponía un manchón de sombra.

La enorme cruz de vieja madera sin pintar, apoyada en el muro, junto a un confesonario, tenía en sus aspas un sello de mudo espanto. No era la cruz bíblica que la poesía de muchos siglos rodeó de una dolorosa leyenda. Era una cruz sin Cristo que reclamaba una víctima de ese pueblo de principios del siglo, mezcla aún informe del pehuenche y del conquistador, trágicamente acobardado por el miedo al más allá. Sus duras aristas se incrustaron durante cincuenta años en las espaldas de los indios conversos de las encomiendas y de sus descendientes infelices.

Tintineaban las cadenillas metálicas de los incensarios. Gruesas volutas de humo aromático se retorcían sin poder elevarse en el aire

denso, oliente a sebo quemado sobre las cabezas cenicientas de los huasos y los mantos de las mujeres. La carraca tableteaba sin descanso en la torre.

El sacerdote, revestido de blanco roquete y dos monaguillos, de sotanas negras, encendidos los incensarios, encabezaron la procesión.

El Picoteado levantó la pesada cruz cuyas aspas, al girar, parecieron dos brazos gigantescos que imploraban auxilio. La posó en sus hombros de atleta. Sus espaldas se curvaron levemente, a pesar de que la úlcera del hombro, al abrir sus labios infectos, atravesó el pulmón con aguda punzada. El aire se escapó ruidoso por sus labios, pero las aspas se mantuvieron sobre su cabezota negra como abiertos brazos sin manos. Se pone, por fin en marcha. El madero vertical se arrastra con agrio chirrido en el entablado. Las pesadas puertas crujen a la presión del tumulto que avanza y se hunde en la noche sin luz. Sus movimientos lentos y oleosos tienen algo de aguas que corren en la sombra. Grupos de fieles que esperan afuera se unen a la muchedumbre. Algunos traen farolillos, donde parpadea la lucecita débil de una vela de sebo. Las llamitas, siguiendo los vaivenes de la marcha, parecen mecerse en el lomo de una ola.

Los velones de retorcido pabilo, incrustados sobre las toscas rejas de las ventanas o en los dinteles de las puertas, dejan ver la masa tumultuosa de fieles, enredo de sombras vagas en la penumbra que sugiere fantásticas apariciones de medianoche.

La voz gangosa del oficiante se eleva sola, compungida, en la noche:

—¡Santo, santo, santo!

Le responde un trueno sordo, monótono, que trepida y se dilata con ecos extraños:

—¡Gloria al padre, gloria al hijo, gloria al espíritu santo!

En los intervalos de silencio, el aullido de los perros asustados se alarga, se pierde en el frío estrellar de la noche.

En las puertas de los templos, grupos de beatas y cofrades, con cirios humeantes, esperan a la procesión y al penitente. Sus voces se unen desentonadamente a la voz de la muchedumbre que pasa en-

vuelta en una nube de polvo. En las graderías del atrio los presos de la cárcel ofrecen el platillo de la limosna, al mismo tiempo que las cadenas de sus grillos golpean siniestramente el suelo enladrillado. Entre el ruido de los eslabones orinosos, se oye una salmodia terrorífica:

—Los padres de familia y las madres que tienen hijos desgraciados, una bendita limosna para los pobres encarcelados.

Torpes manos anónimas se alargan con uncioso respeto y tintinean con claro metal en el platillo, las pesadas monedas de la época, macizos trozos de plata pura: cuartillos, reales, pesetas reyunas. Su fe de raza virgen pretende aplacar en esta forma la cólera de Dios.

Y es simple y primitivo el duelo de la aldehuela colonial. Remedo torpe de la leyenda bíblica entre mestizos, recién salidos de la edad de piedra que recuerda, con el lagrimeo de los cirios y el choque áspero de las cadenas, la decoración de un auto de fe o la lejana ceremonia de una tribu prehistórica, aplacando la ira de sus dioses.

Envuelta en una nube de polvo, la ola sigue con su rumor de rezos y de voces. El bandido avanza con la cruz a cuestas, pero la fatiga hiela su sangre. Sin embargo, en su cuerpo de acero hay energías para erguir la cruz que, a veces, amenaza la cabeza de los fieles y dobla la espalda del aspado. Al levantarla de nuevo, se imagina que la maravilla comienza, que la sangre vuelve a fortificar sus músculos. Ante la inminencia del milagro, los dedos convulsos de su mano izquierda aprietan el sucio trapo del escapulario.

El sordo murmullo de la multitud que lo rodea, también lo reconforta. Estima esta vez a aquellos hombres a quienes desvalijó antes en las encrucijadas, pero la fatiga estruja su corazón con mortales tenazas. Como un puñal agudo penetra en los huesos la herida del hombro. La tos rompe su pecho. Por instante, la multitud y su vocerío confuso se aleja, se pierde a la distancia, como se aleja el canto del arroyo en el monte, cuando el Malulo ataja las aguas que bajan de la quebrada.

No suelta su escapulario que, al fin, se queda entre sus dedos. Un líquido tibio y pegajoso moja su boca torcida y se hiela sobre su

barba. Se doblan las rodillas y la cruz pegada al cuerpo con garfios implacables, lo azota contra la tierra deshecha de la calle.

La muchedumbre, indecisa, se atropella junto a la cruz. En los rostros, en los movimientos, hay una misteriosa expectación, un súbito estupor. La vela de un farolillo, en una casa próxima, alumbra aquel tumulto de cabezas ásperas, donde se ha detenido el espanto. De pronto, impulsados por el loco terror de las masas, se precipitan hacia adelante con sordo estruendo. Una nube de polvo que flota en el aire hace parpadear la llamita de la vela que parece, en el fondo, el ojo del misterio. En la tierra se desangra el Picoteado y la cruz encima, abiertas sus aspas, es como el fin de una inútil plegaria primitiva.

